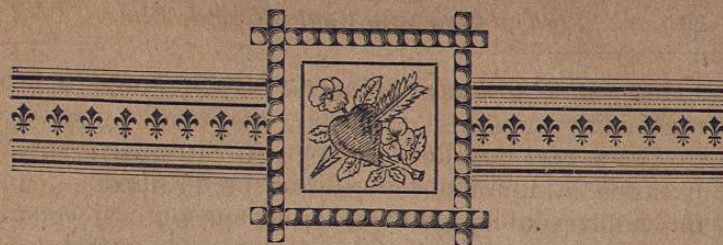


había pedido á la que es Madre de gracia que estuviese escondido.

A esta rara humildad se juntaba, sin apartarse jamás de ella, una mansedumbre llena de suavidad, afabilidad agradable, rostro apacible, sin sobrecejo ni altivez. Admirábanse cuantos la conocían viendo que jamás se le cayó de la boca una palabra que tuviese dureza, ni fuese satírica ó áspera. Nunca se la oyó voz arrogante, ni de ostentación ó fausto. Nada se descubrió en sus costumbres y acciones ó movimientos que fuese desden, ni que oliese á austeridad ó tristeza. Siempre tenía sereno el rostro, siempre la hallaron benigna y tratable para con todos. Ignoraba el sentir altamente de sí. Sólo sabía sujetarse á cualquiera criatura por respeto de Dios.



CAPÍTULO VII

Abstinencia admirable de Rosa y exceso prodigioso de sus ayunos.

SOBRE cimientos tan sólidos, tan profundos y tan capaces, pudo levantar Rosa con seguridad el excelsa edificio de las virtudes. Es cierto que excede á todo cuanto puede decirse lo que se sabe de sus ayunos; aunque es lo menos. Sólo consta sumariamente, que siguiendo las pisadas de Santa Catalina de Sena, poco á poco y por sus grados llegó á pasar la vida casi sin dar al cuerpo lo más preciso para ello.

No había salido aún, como dicen, de los pañales ni de los primeros años de la infancia, cuando se puso ley rigurosa de abstenerse de todo género de fruta, lo que es raro en aquella edad y digno de grande ponderación. Más de una vez se quedó admirada su madre, viendo que su hija en tales años y en tal niñez no se pagaba de la suavidad ni de la hermosura de la fruta. La que la daban repartiála luego con otras, aún á los

labios no la llegaba para probarla. De seis años ayudaba á pan y agua los miércoles, viernes y sábados; sino es que á lo contrario la obligase, ó el mandato de su madre ó la orden del médico. En llegando á los quince, hizo voto de no comer carne en toda su vida; en cuanto lo permitiesen aquellos á quienes estaba obligada á obedecer. Fué esta penitencia digna de una prudencia madura y de muchas canas; y más admirable en tan pocos años, quitarse de tal suerte y con tal arte el regalo del cuerpo, no quitando nada al derecho que tenían los que podían mandarla. No le faltaron extratagemas con que pudo, siendo hija de familias, ocultar ingeniosamente á los ojos de su madre el tenor severo de su abstinencia, para que no la obligase á comer manjares de más sustancia.

En aquel tiempo algunas señoras nobles, llevadas de devoción, solían convidar á Rosa y á su madre á su casa, rogábanles que se sentasen á la mesa con ellas, sirviéndoles comida, aunque no muy ostentosa bien sazónada. Eran estas ocasiones muy molestas para la virgen, á quien solo el olor de la carne ofendía. Su madre, más atenta á complacer á las que hacían el convite, que no á su hija, mandábala que comiese; pareciéndole que era profanar la mesa con descortés singularidad, usar en aquella ocasión de la estrecha templanza que tenía Rosa en comer. Obedecía la virgen no solo con tristeza, sino con grave daño y tormento del estómago, no acostumbrado á semejante alimento. Y así no haciendo asiento la comida, se veía después obligada á arrojarla. Y era de tener lástima lo que en esto padecía. Si alguna vez el flaco y delicado estómago, aun haciéndole fuerza, no podía lanzar la comida que le inquietaba; luego advertía grandísima molestia; y se sentía acometida de fuerte calentura. Lo mismo la acontecía cuando estando enferma ó dilatándose demasiado la convalecencia, intentaban los médicos, que reparase las fuerzas perdidas comiendo carne. Este medio estaba tan lejos de aliviar á la enferma, que con solo un bocado, como si

fuera veneno, volvía á recaer, perder las fuerzas y padecer la enfermedad en su primer estado. No cobraba alientos la enferma sino el achaque. Habiendo estado una vez muy en duda su vida, se hallaba ya en el término de la peligrosa dolencia, cuando juzgó el médico ser necesario para restaurarle que comiese un poco de carne; aunque lo rehusaba el estómago, receloso del daño que le amenazaba. Comió, y vióse al punto que desfalleció el cuerpo; que un temblor, al que se siguió un desmayo, quitó del todo las pocas fuerzas que habían quedado. Se sintió acometida por el asma, y apretóla tan fuerte que casi cerró del todo las vias de la respiración. En muchas horas apenas se vió la virgen libre de este aprieto; y por espacio de algunos días, ni pudo dar un paso, ni tenerse sobre las plantas de los pies; hasta que teniendo licencia para guardar la acostumbrada abstinencia, poco á poco volvió al vigor y salud primera. Había casi convalecido y obligándola de nuevo á que comiese carne, otra vez la volvieron los mismos accidentes, ni se halló otro remedio sino el usado pasto de pan y agua.

Molestábala mucho el dolor de la ciática, á que estaba sujeta muy de ordinario; y muchas veces con tanta vehemencia, que se descomponía de todo punto el estómago. Pasaba en este tormento días enteros con sus noches, sin comer ni un solo bocado. En pasando el combate, la piedad de los de su casa se empeñaba en porfiarla que tomase siquiera unos tragos de caldo de carne. Escusábase la virgen, y con urbanidad decía que era mejor la trajesen su familiar regalo de pan y agua. Hacía sobre esto sus súplicas con instancia. Y en consiguiéndolo, como si se banqueteara muy opíparamente, se sentaba en la cama, sacaba el migajón del pan, bañábale en un vaso de agua fría; y en tomando el sabroso regalo, de allí á poco se levantaba del lecho muy satisfecha. El contador D. Gonzalo dos ó tres veces experimentó en su casa que Rosa convalecía con este medicamento de anacoretas; confesando que no

podía acabar de entender cómo podía alimentar el ayuno.

Conociendo el mismo en otra ocasión la gran debilidad de Rosa, por muchos y manifiestos indicios, quiso que tomase un poco de alón de una ave cocida, para reparar el desfallecimiento que padecía el estómago. Rosa, aunque sabía lo mucho que solía costarle el probar la carne, esforzábale á obedecer, por no parecer grosera. Apenas había pasado el primer bocado al estómago, cuando sintiendo presagios del peligro, dejó cortésmente la mesa y fué á toda prisa al oratorio que estaba allí cerca. Echó atrás sí las puertas, cerróse y salió después muy entrada la noche, como acostumbraba; pero muy perdido el color y muy macilenta. Preguntada cual fuese la causa del nuevo accidente, dijo casi temblando al contador y á su esposa, que había faltado muy poco para pagar con la vida el haber tomado el pedazo pequeño de ave á que la obligaron. Tal había sido la obstrucción del pecho, que estuvo á punto de ahogarla.

Estas experiencias ejecutadas tan en daño de Rosa, obligaron al contador á que movido de lástima, rogase con grande instancia y protesta á los confesores, á los médicos y á los padres de la virgen, que de allí adelante no tratasen de poner en peligro su vida, mandándola comer carne; que bastaban tan siniestros sucesos para testimonio de su obediencia, que se extendía aun más allá de lo que alcanzaban sus fuerzas; que era crueldad y desagradar á Dios cuanto se intentase, haciendo guerra á la abstinencia de Rosa; de la cual, como se veía claramente, estaba pendiente su vida. Con tal abogado y patrono también se alentaba la virgen con valor santo á suplicar más libremente á los médicos, que no tomasen por medio para curarla el que comiese carne; pues era matarla en vez de sanarla. Y aun decía que no había de admitir ningún otro alimento de más sustancia que su pan y agua; porque así lo quería Dios, á quien las mismas leyes de la naturaleza obedecen pun-

tuales. Acaso aludía con esto á una visión que tuvo entonces, en que Cristo, entre reprensiones y halagos la había enseñado que era su voluntad que le sirviese con tan rígidos y tan constantes ejercicios de penitencia; que su salud y vida quedaban á su cuenta; y que no había que desconfiar, que aquel que en la cruz había muerto por ella, á quien costó tan caro, que derramó pródigamente hasta la última gota de su preciosísima sangre, que en ella había amontonado tantos tesoros de gracia, había de negarle esta merced que ya había comenzado á conceder á su cuerpo, que era poder vivir sin comer carne.

Más tarde se persuadió su madre de que debía permitir á Rosa tanta severidad consigo misma. Cada vez, sin embargo, que notaba en su rostro color macilento y pálido, ó que las fuerzas estaban postradas más de lo que era necesario para vivir sana, echaba luego la culpa á la dieta rígida que observaba su hija. Y como si fuera delito atroz, levantaba la voz enfurecida, impaciente y despechada, casi con las mismas palabras con que en otro tiempo Lapa, madre de Santa Catalina de Sena, la mortificaba, diciendo que era singular, neciamente penitente y verdugo de sí misma. Y aun viendo lo poco que aprovechaban palabras y gritos, pasó á mandarla imperiosamente que desde allí en adelante no comiese retirada ni á solas, sino á la mesa con ella y con su familia; que así vería por sus ojos qué era lo que comía y en qué cantidad. Con todo esto Rosa, con grandes demostraciones de humildad y de súplicas, consiguió que no la obligase á comer de todo lo que se servía á la mesa, sino solo aquellos manjares que no entrasen á pura fuerza en el estómago y pudiesen digerirse. Asentado este partido entre una y otra parte, la prudente virgen trató de ganar á Mariana, que cuidaba de la cocina. De esta sacó, usando de su ingenio y su destreza, y después de haber dado palabra de guardar silencio, que sólo la guisase una torta compuesta de pedazos de pan y un puñado de yerbas, coei-

das con solo agua; pero sin sal ni otro condimento, mezclando tal vez algunos pocos granos de pasas, para que así juzgase su madre, que iba contándole todos los bocados, que comía regalándose mucho. Era empero muy al contrario de lo que parecía, porque las yerbas que recogía con especial cuidado la virgen para su comida eran muy amargas, y con la aspereza agria y malignidad del sabor atormentaban el paladar en vez de regalarle. Con estas delicias lisonjeaba el gusto, mezclando muchas veces ceniza, para que la salsa no desdijese de la vianda.

Había llegado á los oídos de Rosa que en una selva cercana nacía cierto género de yerba muy amarga. Hizo que con secreto se la trajesen y que con ella de allí adelante sazonasen el potaje. Y porque no faltase provisión tan extraordinaria, plantó la yerba en su huerto, cultivándola por sus manos con gran diligencia y persuadiendo á su madre que era muy medicinal y muy provechosa. Ella que, demasiadamente curiosa, andaba registrando cuanto tocaba á la virgen, halló en una ocasión un pequeño vaso lleno de hiel, que estaba escondido en las cercas y paredes de aquel huerto, y sospechando al punto lo que ello era, preguntó á su hija con qué fin había puesto aquel vaso en lugar tan oculto. Ella, viéndose cogida, respondió con llaneza que usaba de aquel licor para rociar la comida. Excitante sin duda muy á propósito para despertar el apetito y las ganas.

Súpose después, y lo refirió Mariana, que casi todas las mañanas al salir el alba, si no había de comulgar aquel día, paladeaba la boca con dicha hiel, en memoria de la Pasión de Jesucristo. Y usaba de este regalo más especialmente los viernes, para gustar con Cristo en la cruz la esponja desabrida que le amargó la boca. De esta hiel y de cortezas de pan hacía un letuario, amasado con vinagre y copiosas lágrimas, al que ella llamaba *mís gazpachos*; porque tomaba este adobo frío y sin aplicarle á la lumbre. A falta de la hiel, usaba

unas hojas amarguísimas de cierta planta, y tomándolas en la boca, ó chupándolas el jugo con meditación profunda y compasiva ternura, hacía memoria del hisopo amargo que aplicaron los sayones á la boca de Cristo, para refrigerar cruelmente la sed que en la cruz padecía.

En las espaciosas y dilatadas campiñas de las Indias Occidentales brota una planta maravillosa que los naturales llaman granadilla. Los españoles la pusieron el nombre de flor de la Pasión, por verse representadas en ella, como en abreviado compendio, las principales insignias de nuestra redención y Pasión de Cristo. Entre las hojas se divisa la columna á que Cristo estuvo atado cuando le azotaron, hermosamente salpicada con pintas sangrientas; al pie de la columna se descubre la corona de espinas; por lo alto tres clavos; adornan las hojas los azotes, que parece están pendientes de un hilo; y por último se descubren en su interior muchos granos ó pepitas, todos ellos de sabor muy agradable. Estas circunstancias movieron á que hiciese Rosa plato regalado de esta planta maravillosa. No usaba de las pepitas, porque eran dulces, sino de los pámpanos, porque son amarguísimos; para que de este modo, juntándose lo acedo del sabor con el misterio que representaban las flores, fuese la comida refrigerio del alma enternecida, más que alimento del cuerpo, á quien mortificaba.

Pasemos á tratar de los ayunos, aunque pudiera con razón dudarse cuál era mayor tormento para Rosa, el comer ó el ayunar. Los que después de su muerte testifican en el proceso lo tocante á la vida y virtudes de la virgen, afirman que usó de dos maneras de ayunos. Uno común, que era de pan y agua, sin probar nada de esto antes de cerrarse la noche. Otro que ella llamaba propio suyo, que consistía en no probar cosa alguna en todo el día ni la noche. El primero, aunque era casi cotidiano, especialmente en los últimos tiempos de su vida, que acabó dichosamente en casa del contador

D. Gonzalo, mas en particular le observaba desde Santa Cruz de Setiembre hasta la Pascua de Resurrección; conformándose con las constituciones de la sagrada Orden de Predicadores. En estos siete meses iba acortando poco á poco la porción de pan y de yerbas, hasta que entrada la Cuaresma, totalmente escusaba el comer pan, pasando con pepitas de membrillos ó de cidras en cantidad muy poca; porque los viernes solo comía cinco granos, bebiendo con ellos hiel, para que la misma comida le recordase el dolor acerbo de las cinco llagas de Cristo. En lo restante del año era la ración de que usaba tan tasada y tan corta, que lo que para otros no pareciera bastante alimento para solo un día, tardaba ocho días la virgen en consumirlo.

Cuando Rosa en casa de sus padres habitaba en la estrecha clausura, de que después diremos, la mujer del contador Don Gonzalo la enviaba todas las semanas ocho panecillos de pan grosero, para que cada día gastase por lo menos uno en el sustento de su persona; pero al cabo de la semana, cuando enviaba otros ocho recientes se reconocía que sólo había comido en toda la semana uno y medio; y así restituía los seis y medio, que le habian sobrado de la provisión primera.

Se observó, que la virgen con solo un pan, y este bien pequeño, y con un vaso de agua, y éste no grande, se pasó cincuenta días, desde la Pascua de Resurrección, hasta la del Espíritu Santo. Otro año, fuera de esto, corrió el mismo espacio de tiempo, sin beber ni una gota de agua. No chocó en la casa del contador verla pasar muchos días sin comer cosa alguna. Allí solía encerrarse frecuentemente en el oratorio, desde el jueves hasta el sábado, sin comer, sin beber y sin moverse de un rincón; como si la hubieran clavado en el primer lugar que ocupaba; ni había necesidad, por urgente que fuese, que pudiese obligarla á dejar el primer puesto; esto es lo que más ponía en admiración al contador D. Gonzalo, que la tenía en su casa. Pero ¿qué mucho, si el sustento abundante de la gracia

del Espíritu Santo suplía en ella el alimento del cuerpo?

Las especies sacramentales, la daban alguna vez tal fortaleza, tan robusto brío, que pudo pasarse ocho días, sin otro alimento. En otra ocasión vióse obligada á tomar cierta cantidad de comida, fuera del tiempo acostumbrado; no pudo sufrirlo el estómago; lo arrojó en seguida, y como si hubiera sido un gran pecado contra la templanza, se condenó al ayuno rígido de diez días.

Finalmente halló modo para mortificarse, y dejar burlado el apetito, y el gusto de beber agua; y así se le pasaban semanas enteras sin gustar una gota, y sin dar refrigerio al ardor de las fauces, que le afligía mucho. Y cuando bebía era agua caliente y á sorbos, temiendo el pequeño regalo, que podía recibir bebiendo agua fresca; con que, en beber y en no beber ejercitaba la abstinencia. Preguntándole por qué no bebía agua fresca, para disimular daba otras causas, diciendo: «Que por este medio intentaba resistir al sueño, al que promueve el agua cuando está fría.» Séame lícito aquí pasar por alto otras muchas cosas de menor monta; pues parece que basta lo dicho, para que nadie entienda que fué vulgar la templanza, la escasez y parsimonia que observó en comer esta virgen.

Mucho más admirable fué lo que advirtieron los domésticos, y familiares de Rosa, que recibía siempre más fuerzas, y más vigor de los ayunos largos, que del alimento corporal.

